

EVOCACION DE DON JOSE SEBASTIAN BANDARAN (*)

POR FAUSTINO GUTIÉRREZ-ALVIZ Y ARMARIO

Lo primero que exige la justicia es agradecer vuestra presencia en esta sesión solemne en conmemoración de nuestro tantos años Director D. José Sebastián y Bandarán. Lo segundo, aplaudir el acierto de cuantos desde el día de su óbito han estudiado y glosado perfiles diversos de su acusada personalidad y de los no menos variados aspectos de su obra, y, muy especialmente, felicitar a los doctos compañeros que han hecho uso de la palabra en la tarde de hoy.

Nuestro insigne predecesor ha dejado una huella profunda con su labor sacerdotal, profesoral y académica; como historiador, como cultivador del arte, como orador, como panegirista apasionado de Sevilla, como divulgador de la mística, como hombre simplemente de su tiempo.

Muchos de los que se han ocupado de él lo han hecho con sobrada autoridad, pues difícilmente no pudiera hallarse entre los sobrevivientes de sus contemporáneos narradores más informados, ni más afectuosos, doctos y amenos. En ocasiones, a través de la anécdota o de la referencia personal, por unos instantes se nos ha restituido la intimidad del finado insigne.

Hoy que, en el orden del tiempo y en el de los merecimien-

(*) Palabras pronunciadas en la Sesión-homenaje en la cual intervinieron también los académicos D. Rufino Villalobos Bote y D. Carlos García Fernández.

tos, alzo mi voz, en último lugar, no pretendo, en una disertación de tono académico, abarcar el trabajo atesorado en los recuerdos conmemorativos. Ni lo pretendo ni resultaría hacedero. La empresa resultaría fallida aun acometiéndola quien poseyere cuanto a mí me falta, que es el máximo encarecimiento de la suficiencia.

Nadie me hará el agravio de temer que me ponga a ampliar, y todavía menos a enmendar, los juicios que se han expuesto sobre D. José Sebastián y Bandarán desde el día de su fallecimiento, marcados cada uno con la autoridad bien asentada del autor respectivo. Lo único que me incumbe expresar, llevando por vez primera la voz corporativa de esta Academia, es la viva satisfacción que todos sus componentes sentimos por cuantos homenajes y recuerdos se le han tributado desde un primer instante, a los que se ha sentido asociada de corazón nuestra Institución, reservándose esta oportunidad solemne, para al filo de los tres meses de su muerte seguirle exaltando y reiterar como propio el reconocimiento a cuantos le han exaltado.

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras estima y estimará perpetuamente a Sebastián y Bandarán como uno de sus más claros blasones. Este afecto nuestro no es orgullo ni ufanía; puede sentirlo el autor de una proeza, y la vida y obra de nuestro D. José suya es de todo en todo. Se suceden, siglo tras siglo, en la Academia hombres representativos de las generaciones literarias, científicas, culturales de la vida hispalense; ellos la forman, la autorizan y la dignifican; el vínculo corporativo no es sino lo que el cordón en el sartal. Al ver contados los quilates y puestos a clara luz los esmaltes del joyel, no nos engreimos; sentimos complacido nuestro amor a la Corporación más representativa en la vida cultural de la ciudad de la gracia.

Pero, ya estoy hablando de más. No he de explicaros vuestro propio sentir, nuestro sentir unánime al evocar a Sebastián y Bandarán. En rigor, con las palabras dichas podría dar por cumplida la honrosa ocupación de Director.

Ello no obstante, he de pedirlos algunos minutos más de atención a fin de satisfacer mi deseo de contribuir con mi intervención a la artesana obra común de su homenaje.

Aunque dentro de la Academia conviví con D. José desde mi ingreso en ella, coincidente con su designación primera para la Dirección, y aunque él por amistad fraterna con mi familia política fué —como para tantos sevillanos— el testigo cualificado y ministro del Señor que bendijo mi boda, no se me depararon ocasiones para intimar en su trato. Siempre le respeté y soy deudor de sus delicadezas y bondades, pues su firma con las de otros maestros y amigos me abrió las puertas académicas, y sus propuestas me llevaron a ocupar distintos oficios en la Corporación, con la benevolencia de los compañeros.

Por eso, a través de cuantos le han recordado he podido enmendar sublimándolo el juicio que sobre él tenía, aun siendo éste muy laudatorio. Ahora hallo algo empequeñecida y contrahecha la semblanza que saqué inadvertidamente, tal vez porque D. José, pese a su porte señorial, escondía aun para sus amigos y colegas sus muchos merecimientos y virtudes. Tengo hoy a nuestro siempre presente Director por persona de convicciones claras, resueltas y firmes, en el más alto grado, que, con rara tenacidad, las mantuvo en el decurso de su larga vida y en medio de las peripecias ambientales que a otros hicieron tambalear, aparte de sus muy elevados merecimientos culturales y sus exaltados amores por cuanto hacía referencia a nuestra ciudad.

Tal vez en la recia personalidad de nuestro evocado compañero, la clave del enigma psicológico se halla en el modo de formarse su inteligencia. Como nos han puesto de relieve quienes le han recordado con anterioridad, nació en la Sevilla de sus afanes, exento del acosador desvelo por el pan cotidiano. Su congénita, noble y ansiosa curiosidad le embargó el alma entera desde sus más juveniles años, que, en estas latitudes —y más en su época— suelen disipar quienes no traen vocación tan estudiosa y decidida.

La observación no es mía. Acostumbran los biógrafos a pon-

derarla y comentarla en otros espíritus selectos, semejantes, que merecieron y alcanzaron gloriosa fama.

Su formación familiar y escolar primero, la lectura cuidada y la investigación insaciable después, le incitaron a recorrer, ávido y embelesado, los más diversos senderos: idiomas, literatura, historia, filosofía, teología, siempre del brazo de uno u otro maestro prestigioso. Recordad los datos ofrecidos por sus amigos-biógrafos y observad los distintos senderos de su magisterio profesoral.

Piadoso el cielo alumbró su vocación sacerdotal, acostumbraba recordar. Toda su vida se mantuvo dispuesto para entrar de lleno en la región de la luz inextinguible, donde mora, sin duda, su alma privilegiada, tras un largo terreno caminar.

Su profesión sacerdotal habíale impreso carácter. Tenía alojado en el centro de su alma un ministerio trascendental y definitivo. Tenía fija una visión en las cosas y de las conexiones entre las cosas. Tenía un orden mental tan disciplinado que podía alternar, a lo largo de su vida, entre los ambientes aristocráticos y los de mayor necesidad y pobreza, dejando en ellos por igual el rastro y recuerdo de quien quedó ungido para siempre.

No voy a recordaros sus obras y quehaceres. Cuando ante los académicos, en privada sesión de duelo, recordé su figura y ante el hecho notorio de que D. José era parte inseparable de la vida de nuestra generación, me preguntaba, con un insigne ingenio español: a los que han existido con él ¿qué les voy a decir?; a los que han estado durante muchos años en diálogo incesante con su espíritu ¿qué les voy a revelar? ¿Dónde está el elogio que pueda aventajar al recuerdo?

Y el recuerdo nos trae a D. José por sus calles y plazas sevillanas, deteniéndose con el labrador y el comerciante; con el intelectual y el artesano; con el potentado y el menesteroso.

El recuerdo nos acerca a un D. José en los diarios ambientes de esta Sevilla de siempre: su Catedral, su Santa Caridad, su Museo, sus conventos, sus cofradías y sus Academias. En las solemnidades y fiestas, la esbelta figura de D. José, era como un elemento imprescindible y en la Semana Santa el guión papal concepcionista del Silencio se nos aparecía

de madrugada con su portador como en una sola pieza, quien horas antes había acompañado a Jesús de Pasión en su triunfal carrera del Jueves Santo.

Días pasados la fraterna Academia de Bellas Artes proyectaba la figura de Bandarán sobre el telón de fondo de más de medio siglo de actividad artística. Investigador tenaz, patrono del Museo, erudito en el estudio y la disertación.

Como académico de esta Real de Buenas Letras no precisamos recordarlo, porque en esta corporación —como he dicho— D. José Sebastián y Bandarán seguirá siempre presente. Pocas veces puede darse una simbiosis más perfecta, que la que a lo largo del tiempo se ha producido entre la Academia y su extinto Director. D. José era y seguirá siendo la personificación de la Academia.

Y no es que la Academia no tenga vida y alma propia. Pero D. José puso tanto amor y anhelo en servirla, que se operó esa integración honrosa.

Desde su llamada a la Corporación el 6 de noviembre de 1914, Sebastián y Bandarán consagróse a su servicio. Bien pronto, en 5 de noviembre de 1915 (un día antes del año de espera reglamentaria) leyó su discurso de ingreso sobre la Fundación del primer Estudio de la Compañía de Jesús en Sevilla, contestándole en la Sesión solemne de recepción celebrada el 29 de octubre de 1916 D. Luis Montoto. Secretario 1.º, desde el 17 de abril de 1936, ocupó la Dirección, por elecciones reiteradas desde 2 de noviembre de 1951, hasta su fallecimiento.

Desde su ingreso, toda su vida la veo cifrada y compendiada en un amor verdadero a la Academia y a los fines para los cuales existe; amor sin el cual no son cumplideras, del modo que Bandarán solía cumplirlas, las obligaciones anejas al honor de sentarse en estos sillones.

Merecería detenida consideración este rasgo que caracterizó a nuestro antiguo Director, el académico modelo; no tan solamente para tributarle rendida gratitud, sino también para ensalzar y encarecer el loable ejemplo, porque del suyo y de los análogos fervores de adhesión devota, es de donde única-

mente nuestro Instituto toma el ser y el brío para conservarlo y renovarlo.

La Academia (y podría pluralizar recordando a un ilustre político) no existe para honrar y glorificar a los que fueron en el curso de los siglos, ni a los que son ahora miembros de ella. Con dificultad se contarían, de puro ser numerosos, los que alcanzaron prestigiosa nombradía; muchos merecieron y alcanzaron que en bronce y en mármoles se perpetuase su fama insigne; para mucho más valen sus propias obras como el más insuperable de los monumentos, y hasta sus solos nombres les aseguran celebradísima y luminosa posteridad. Mas todas estas justicias ensalzadoras se cumplen por separado de la Academia; dentro de ella perduran anónimas, recatadas y confundidas en el común acervo de las aportaciones inestimables que de unos tras otros esclarecidos individuos se allegaron.

Tampoco está la Academia instituida para el pro personal de quienes en cada tiempo pueblan sus asientos seculares. Aunque en nuestra patria abundan menos que en extraños países, son otras las fundaciones hechas con tal designio, y otros los modos adecuados para favorecerlo.

Gran honor es hallarse elegido como apto para pertenecer a ella e intervenir en sus quehaceres, contribuyendo al cultivo de las buenas letras en general y a ilustrar la historia de Sevilla y de la región andaluza, como establecen sus Estatutos.

La Academia no existiría, ni tampoco merecería existir, si no consistiese en una perdurable asociación de individuales actividades que aman, guardan y cuidan, con desinterés y con celo, todo cuanto trasciende en la vida de Sevilla, en su historia y en su latir de cada día, que será también historia ante las retinas de quienes nos sucedan.

En puridad, es la Real Academia de Buenas Letras uno de los aspectos de Sevilla misma, depositaria y servidora de cosas, tan juntas y tan unidas a su alma, tan preciosas para su expansión, su perpetuación y su glorificación, como son su historia, su cultura y su estilo.

La Academia ha respondido en todo momento a las necesidades y anhelos de Sevilla (otra cosa es que haya sido es-

cuchada por sus autoridades) y tiene que hacer oír su voz en el futuro, como guardiana de una cultura y de un estilo que no sólo hay que conservar en el arca de los recuerdos, sino que hay que presentar como guía en las inaplazables innovaciones que demanda el presente y el futuro, con carácter de urgencia y de angustia.

La Academia no es ni quiere ser inmovilista. Siempre supo traer a su seno las figuras más representativas de todas las tendencias, corrientes y saberes. También en lo académico, el ser enemigo de la renovación, puede representar propugnar un camino que conduzca inexorablemente a la destrucción de lo que debe ser perdurable.

Frente a toda la problemática sevillana, desde la defensa de su río hasta el trazado de sus calles; desde las viviendas en ruina hasta su industria poco menos que en trance de inexistencia; desde sus cofradías hasta la última expresión de su tipicidad, Sevilla nos exige a todos no una actitud de añoranza por cielos que perdimos, sino una resuelta actitud de gallardía por los nuevos cielos que debemos lograr. La Academia, al tener como deber corporativo el ilustrar la vida de Sevilla, quiere que los hombres de hoy hagan ya historia, como aquellos capitulares de su Catedral, que un día no tuvieron empacho en arrasar reliquias arqueológicas, porque aun a trueque de que las futuras generaciones le tuvieran por locos, elevaban para su Dios y para Sevilla la fábrica de una Catedral que hoy podemos mostrar con orgullo. Muchas veces he pensado y he comentado en grupos amigables, por mi falta de protagonismo político, que tales capitulares no sólo nos legaron una Catedral asombro de muchos, sino un lema para una política hispalense no sólo urbanística. Laborar por Sevilla, no mirando hacia atrás, sino proyectando hacia el futuro. Pero hagámoslo con tan grande ambición y tan grande desinterés personal, que todo cuanto proyectemos parezca obra de locos quijotes enamorados de la más bella dulcinea, que un día pudo reflejar su belleza en el más grande de los ríos, sin hallar menguado su espejo.

El amor que Bandarán profesó a la Academia en lo humano, sólo fue compartido por ese su amor a Sevilla; y

por encima de ellos su continuado loar a la celestial Señora.

Y, termino. Ese amor a nuestra corporación y a su ciudad que él doblemente idealizó es, al cabo, atributo ennoblecedor del alma humana. Se ha podido escribir que, de su divina alcuernia, le viene a ésta un anhelo congénito de perpetuidad, de permanencia, al menos para sus operaciones y sus empresas; inclinación que pugna con la fragilidad de la vida individual. La casi totalidad de las gentes transita por el mundo sin dejar huella; de los muy contados que sobresalen y lanzan alucinadores destellos queda, en efecto, un recuerdo afectuoso entre sus deudos, sus allegados o sus contemporáneos; pero pronto se disipa, como en la selva se pierde un rastro al entrecruzarse otros rastros parecidos. La sed de supervivencia no se aplaca sino incorporando la obra individual a este linaje de institutos perdurables —cual la Academia—, en los que se asocian hombres y generaciones que la muerte y los siglos aislarían y harían polvo estéril.

Con tales agregaciones incesantes, se acrecienta y se transmite el mayorazgo espiritual del pueblo, integrando una herencia, patrimonio para los sucesores.

Porque el ánimo de D. José Sebastián y Bandarán estuvo imbuido de estos sentires, esta Real Academia le tendrá siempre presente. Su nombre deberá ser siempre respetado, mientras descansa su alma en la que reputamos muy merecida paz del Señor.

Nosotros debemos seguir considerando presente a quien la muerte ha querido arrebatarnos. Porque para la Academia, D. José no ha muerto.

Para finalizar, yo quisiera utilizar aquí, en esta solemne ocasión, una expresión francesa muy llena de espíritu. Decir en vez de «ha muerto», «ha vivido». Porque, no todos los que han muerto, han vivido.

Ya un poeta glorioso, A. Machado, pudo escribir:

«Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan,
lleva quien deja y vive el que ha vivido.»

Sí, vive; sigue viviendo, el que ha dejado de vivir; si es que, efectivamente, vivió.

Nuestro D. José agotó una larga vida. Terminó su existencia física, pero seguirá viviendo, porque vivió, cual lo acredita el que nos dejó una obra y nos legó una conducta.

Porque sigue viviendo, quien dejó de vivir y hoy físicamente no nos preside, yo os solicito que ya que hemos pedido al Señor por el eterno descanso de su alma, terminemos esta sesión con el dolor de su ausencia y con la más grata de las promesas que en su presencia podríamos formular: la de emular su ejemplo en el servicio a esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras.